

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR
COMITÉ DE INVESTIGACIONES

INFORME DE INVESTIGACIÓN

La entrada de Sigmund Freud en las letras ecuatorianas

Fernando Balseca

Quito – Ecuador

2007



Introducción

Este informe de investigación trata de establecer algunos elementos y realidades para comprender los modos de *entrada* del pensamiento freudiano en el Ecuador, a partir de la relectura de algunas obras narrativas de Humberto Salvador y Pablo Palacio, pues, según la visión de varios críticos, la producción escrita de esos escritores pone en evidencia el contacto que hubo con la obra de Sigmund Freud. Sin embargo, dada la especificidad disciplinaria del psicoanálisis, ha sido preciso también rastrear algunos nexos de esas expresiones artísticas con ciertas concepciones que desarrollaron algunos médicos psiquiatras ecuatorianos en las décadas de 1920 y 1930. Ya sabemos que la literatura es interesante justamente por aquella capacidad de relacionarse con otras prácticas discursivas; esto es, habrían ejes maestros que en cada época van determinando la autoridad y legitimidad de ciertos discursos. En esta medida, a partir de los años de 1920, el decir freudiano empieza a oírse en el saber psiquiátrico y literario.

Pablo Palacio: las intuiciones del “psicoanálisis” por fuera del psicoanálisis

Varios son los autores ecuatorianos que, desde diversas perspectivas, han hablado del impacto del pensamiento de Sigmund Freud entre nosotros. Ciertamente, hacia mediados de la década de 1920, se produce un punto de inflexión donde lo subjetivo comienza a ser un tópico *expreso* en los escritos de los autores ecuatorianos. Me explico: al ser la literatura un acontecimiento de la palabra, todo en ella está predeterminado por una subjetividad; esto es, desde siempre, desde que la literatura como institución se afincó en la letra, no ha hecho otra cosa que servir de transmisora de subjetividad, pero sin reconocerlo así, sin haber elaborado un concepto específico de este descubrimiento. La literatura ha reclamado desde siempre para sí el ámbito de la

subjetividad, sin manifestarlo de manera expresa. La literatura ve en la palabra una acción decididamente humana que coloca las expresiones del lenguaje en un lugar privilegiado para dar cuenta de la subjetividad. Lo que empieza a modificarse en este período del que hablamos, entonces, es que los escritores conocen mejor el mecanismo de la subjetividad que habita en cada acto de palabra y hacen de ella un visible elemento de su arte literario. Con este presupuesto, la literatura en el Ecuador adquiere la impronta de Freud alrededor de la tercera década del siglo XX.

Quien de mejor manera ha comenzado a sistematizar este debate en torno a las relaciones de literatura y psicoanálisis ha sido Wilfrido H. Corral, quien ha señalado la existencia de una clara estructura psicoanalítica, por ejemplo, en el modo en que Pablo Palacio (1906-1947) organiza y resuelve las historias de *Un hombre muerto a puntapiés* (1927):

Palacio entonces parece haber tenido la sensación de ser un fuera de serie en su propia vida, su propio doble. Parece que lo angustiaba el sentido de la ausencia, y que lo cautivaba la noción de en verdad nunca haber nacido. Sí, esto es algo de psicoanálisis, pero no cabe duda al leer sus cuentos que su gran avance fue descubrir cuánto él y sus personajes *no* sabían, lo poco que podían entender o explicar. Ellos, como Palacio, querían dejar de ser unos inadaptados, “equilibrarse”, lograr una viveza de percepción y sentidos, un entendimiento del alma humana y su operación. Querían escaparse para siempre de la frivolidad, ser poseídos por una voluntad de poder, tener más vida. Es por eso por lo que su desesperación nos parece tan rara. Sobre todo, querían saber cómo expresarse en un mundo cambiante, porque así hubieran llegado a conocerse a sí mismos y sus posibilidades desconocidas. Su “salvación” yacía entonces en los extremos, y a esos llegaron los personajes y su autor. Ésta es la progresión general que se desprende del andamiaje psicoanalítico en que parece apoyarse Palacio en cada uno de sus cuentos. (2000: lxxiv)

Lo que se pone en cuestión, entonces, es la posibilidad de que ese “andamiaje psicoanalítico” forme parte propositiva del proyecto de Palacio o sea, más bien, expresión del carácter altamente intuitivo de la literatura del escritor lojano. En mi opinión, hablar de un “andamiaje psicoanalítico” en los cuentos palacianos es una

generalización demasiado llana, pues, en estricto sentido, ¿qué producto de la palabra no está estructurada en un andamiaje de tales características?

Es cierto que los cuentos de *Un hombre muerto a puntapiés* pueden ser interpretados a la luz de otras prácticas discursivas como la jurisprudencia. Abogado el mismo Palacio, se puede conceder que su narrativa se instituya como una respuesta frontal a las condiciones en que se aplica la justicia y el derecho en el Ecuador de los años de 1920. Pero esto no se puede traducir como si hubiera habido una familiaridad con el psicoanálisis o, peor aún, que el autor lojano se haya sostenido en esas teorías para justificar las anécdotas de sus relatos. La extrañeza de la literatura de Palacio debe ser localizada en el curso de su propia vida.

Tal vez tenga mayor significación, como lo ha venido haciendo una tradición interpretativa que ha caído en desuso en nuestro medio, tratar de conectar la enfermedad de Palacio con su obra narrativa. El cuento “Un hombre muerto a puntapiés” constituye para las letras continentales, sin lugar a dudas, un momento extraordinario en que las intuiciones de Palacio se conectan tan precisamente con las preocupaciones culturales de su tiempo; pero, insisto, nadie ha dado con elementos suficientes para suponer que se trate de una influencia directa por haber leído algún texto de Freud. Más importante es constatar que el narrador del cuento es un estudiante de Criminología que aparece también en “El antropófago”. Es decir, la indagación especulativa que se produce en estos cuentos parte de un lugar de enunciación jurídico y universitario, que pone a la literatura como el lugar de la justicia “otra”, tal vez una de carácter poético.

Otro acontecimiento que forma parte de la intuición asombrosa de Palacio es el cuento de la mujer dividida interiormente en “La doble y única mujer”, que obliga no sólo a pensar en términos de una fragmentación anatómica, sino, lo que es fundamental, en la perspectiva de la conformación de otra gramática y de otra moral; la primera para

que pueda dar cuenta del lenguaje que se enrevesa cuando una habla creyendo que son dos o cuando dos hablan creyendo que son una; la segunda para poder justificar el modo en que el deseo de una voluntad puede chocar con otro deseo. Es decir, en la comprensión de Palacio, es lo normal lo que se torna locura. Es verdad que el deseo de la madre y la violencia del padre son elementos que justifican la génesis de la monstruosidad, y que esa afirmación podría tener un aire psicoanalítico; pero si lo pensamos en términos de la historia literaria podría tratarse de una afirmación aprendida de la psicología, sin necesidad de que sea metapsicológica como el psicoanálisis.

La novela *Vida del ahorcado* (1932), en cambio, conlleva otro tipo de valoraciones, pues se trata de un texto tan desarticulado que parecería asentarse en un paralelismo con el delirio de un psicótico. La presencia de voces que llaman al personaje narrador ayuda, justamente, a quebrar cualquier posibilidad de ilación del discurso narrativo. Las voces y la presencia de enemigos y fantasmas desestructuran y desarticulan el relato. Pero esto tampoco supone la adscripción a presupuesto psicoanalítico alguno.

Desde mi experiencia como lector de literatura, lo que podría aclarar este aparente contacto palaciano con el psicoanálisis es la capacidad intuitiva del escritor que da con una literatura que se explica en el interior de la subjetividad. Desde mi práctica como investigador, no se puede negar que Palacio haya vivido en ambientes intelectuales donde se hablaba del freudismo, pero una lectura atenta de los artículos “Sentido de la palabra *verdad*” y “Sentido de la palabra *realidad*”, ambos de 1935, nos permiten convencernos de que, si la conocía, a Palacio no le interesó la teoría psicoanalítica ni se sintió obligado a representarla literariamente. Pues, a la altura de 1935, después de Endara, *Camarada* y *Esquema sexual*, hablar de realidad y de verdad sin aludir a esas otras verdades y realidades procesadas por el inconsciente demuestra a las claras que la

enunciación ensayística de Palacio no pasaba por el freudismo. No le era necesario, tampoco, para mostrar toda su condición de adelantado de una literatura que nos compromete hasta nuestros días.

Humberto Salvador: el psicoanálisis entre la ficción y la divulgación científica

No hay lugar a dudas de que el literato que más temprano y que de mejor forma manejó los fundamentos del psicoanálisis –entonces más llamado *freudismo*– fue Humberto Salvador (1909-1982), quien incluso publicó en 1934 su *Esquema sexual*, de profunda repercusión entre los intelectuales ecuatorianos. Este *Esquema* –que parte de la sexualidad humana para hacer nuevos aportes en los campos de la sexualidad y la criminología– es la tesis que Salvador preparó para obtener el grado de doctor en jurisprudencia en la Universidad Central del Ecuador, en Quito, y que alcanzó por esos años gran difusión en los países hispanoamericanos y en Brasil, donde fue traducida al portugués. En el período que atendemos los estudios literarios están fuertemente asociados con las sociedades jurídicas. No es casual, por tanto, que en una Facultad de Jurisprudencia produjera este texto central de nuestro estudio.

Salvador se erige en uno de los propagandistas más firmes de las teorías freudianas, lo que es muy interesante si se toma en cuenta que las obras más populares de Freud datan del primer quinquenio del siglo XX (*La interpretación de los sueños*, 1900-1901; *Psicopatología de la vida cotidiana*, 1901; *El chiste y su relación con lo inconsciente*, 1905; y *Tres ensayos de teoría sexual*, 1905). Freud es glosado y examinado por Salvador a menos de treinta años de haberse producido la primera tópica psicoanalítica, aquella que se articula alrededor del inconsciente. También es decisivo destacar que sólo a partir de 1922, por iniciativa del filósofo español José Ortega y

Gasset, empiezan a aparecer las obras de Freud traducidas al español por Luis López-Ballesteros en Madrid.

Esquema sexual de Salvador fue un verdadero hito para la divulgación del pensamiento freudiano. Aunque no hemos podido comprobar la existencia de las ediciones segunda y tercera del *Esquema* en la Editorial Claridad de Buenos Aires, y de la cuarta publicada por la Editorial Zig-Zag de Santiago de Chile, sabemos que ambas casas editoras sudamericanas tenían una gran difusión continental. Varios escritores ecuatorianos de la época publicaron en dichas prensas. La edición de 1934 apareció en Quito con un prólogo del médico Jorge Escudero –hermano del poeta Gonzalo–, que era entonces profesor de la cátedra de psicología experimental en la Universidad Central del Ecuador (más tarde Escudero formaría parte, en 1944, del primer directorio que funda la Casa de la Cultura Ecuatoriana).

Lo primero que resalta del prólogo de Escudero es que los intelectuales de la época estaban convencidos de que el freudismo otorgaba a cualquier práctica intelectual un sentido de actualidad, ya que el pensamiento de Freud ofrecía la posibilidad de asumir un punto de vista desde la totalidad. La recepción atenta de las ideas nuevas era un signo de actualización cultural. Escudero entiende las implicaciones del *Esquema* para el derecho, por ejemplo, y por eso celebra que se junten disciplinas como la anatomía, la fisiología, la endocrinología, la sexología, la sociología (5). Esto es, se vive una época en que el positivismo y la compartimentación de las disciplinas empieza a romperse entre nosotros. Según Escudero, lo vital aparece enfrentado a lo racional y esta lucha da forma a los polos de atracción de las conductas del hombre, tópico muy apreciado dados los intensos juegos de la modernidad por instaurar novedosas actitudes de disfrute de las formas de lo cotidiano, asunto que ya habían puesto sobre el tapete los poetas modernistas en la década de 1910.

El filósofo español Ortega y Gasset es mencionado por Escudero. Se sabe, por las reseñas que aparecen en las revistas literarias de la época, que la *Revista de Occidente* circulaba entre los intelectuales quiteños, aunque es probable que Salvador haya podido leer a Freud a partir de alguna traducción inglesa o francesa, pues en su *Esquema* vacila entre decir *la* psicoanálisis (como en francés) y *el* psicoanálisis. Sorprende, entonces, que en 1934, en Quito, un médico alertara a los lectores en contra de una excesiva vulgarización de los postulados principales del psicoanálisis, lo que da cuenta de la popularidad de la teoría freudiana, al menos entre los círculos que protagonizaban el debate de ideas en el país:

El psicoanálisis, afecto de grandes poderes de difusión, sacude hoy variadas capas intelectuales de la organización social. Su expansión libresca, explotando la curiosidad sexual de las gentes, sacrifica su auténtico contenido en aras de un indecente exhibicionismo. Aun las divulgaciones científicas, dedicadas al gran público, contribuyen en no poco, a pesar de la buena intención de sus autores, a hacer la polvareda. Y así deviene en medio de la adhesión fanática de sus ortodoxos, de los anatemas virulentos de sus contradictores y de las exclamaciones psitacistas del público intelectual medio. Como técnica médica, un gran sector psiquiátrico lo discute violentamente, aunque sus médicos no lo hayan aplicado o lo hayan utilizado “silvestremente”, según la pintoresca expresión del propio Freud. (7)

Este testimonio de Escudero hace suponer que el psicoanálisis ya formaba parte del debate, al menos entre los médicos y los psiquiatras, a fines de la década de 1920 y a comienzos de 1930, aunque, como veremos más adelante, son los mismos psiquiatras quienes se encargaron de introducir conceptos psicoanalíticos para la explicación de los mecanismos de la cultura y la creación literaria y, en el debate artístico, de las implicaciones sociales en el mundo de entonces.

La principal aplicación que los interesados ven en el psicoanálisis no pertenece exclusivamente al campo de la psiquiatría o de la psicología sino, también, al ámbito del derecho. La preocupación consiste en echar mano de una teoría que permita incursionar

en otros campos desde perspectivas más actualizadas en “la formación de la ética y sus mecanismos, la psicología de las masas y de los primitivos y las aplicaciones médicas y pedagógicas” (8). El interés por el psicoanálisis se junta con la necesidad de construir bases para una criminología adecuada. Es el momento en que cobran fuerza las ideas de que existe una morfología del criminal o de que la criminalidad se explica por trastornos glandulares (9). Esto es, reconociendo la unidad de cuerpo y alma, Escudero proclama el amanecer de una nueva antropología que surge de la conjunción de la caracterología y el psicoanálisis (11).

El *Esquema sexual* de Salvador se divide en tres partes principales. La primera se denomina “Esquema biológico del sexo” y, precisamente, describe con exhaustividad anatómica cada uno de los elementos que intervienen en la sexualidad humana; es una suerte de anatomía de la sexualidad que parte desde la comprensión de la célula, el átomo, la materia, y que reafirma una concepción mecanicista o maquinista del cuerpo humano. Los temas que se abordan, entre otros, son: la genitalidad masculina y femenina, la reproducción, la pubertad, las glándulas, la diferenciación entre sexualidad y genitalidad, la menopausia, la libido, el orgasmo, el sistema nervioso... Lo importante de este recorrido es que, a partir de una supuesta descripción objetiva, se busca sustentar afirmaciones como ésta: “El delito es un síntoma de una enfermedad que se debe curar. Siendo el delito un trastorno complejo, los medios para combatirlo deben ser complejos también” (102); lo que nos hace comprender que el autor busca aplicaciones prácticas que vayan más allá del diagnóstico clínico y que, en cambio, se entronquen, como hemos visto, en la criminología.

La segunda parte, llamada “La psicoanálisis”, es quizá el compendio más amplio de las tesis freudianas. El entusiasmo del escritor guayaquileño por la nueva doctrina no se hace esperar: “Las concepciones de Freud han conquistado al mundo. [...] La

psicoanálisis es la doctrina más importante de nuestro tiempo. Ella ha revolucionado prodigiosamente la ciencia y el arte. [...] El freudismo ha descubierto el sexo” (107). El texto empieza con una breve reseña biográfica de Freud, relata los inicios experimentales con la electricidad y la hipnosis, su asociación con José Breuer para la invención de la “psicocatarsis”... En la consideración de Salvador es claro el rol del inconsciente en la nueva teoría: “El eje del freudismo consiste en afirmar que la mayoría de los procesos mentales considerados conscientes, son efecto de motivos desconocidos por el sujeto” (110). Esta asimilación del papel preponderante del inconsciente –del *inconsciente freudiano* bien valdría decir– es lo que da peso y actualidad a la divulgación de Salvador en este momento.

La popularización de la doctrina continúa con aquellas posturas del pensamiento freudiano que podríamos llamar “culturales”. Y es aquí donde se produce una nueva explosión de entusiasmo:

Segismundo Freud ha destrozado con una sola bofetada los paraísos. De un puntapié ha hecho pedazos a los dioses. Las religiones están hundidas después de su aparición. Su mano poderosa dio una puñalada a la cultura de occidente y ante la maldición de sus labios cayó para siempre la moral clásica.

Segismundo Freud dijo al hombre: Habéis creído que el sexo es la función más baja del organismo. Mira: toda la vida humana sexo es.

Por eso la revolución freudiana es más grande que la [de] Darwin y la de Copérnico.

Freud es una de las altas glorias de la especie y el máximo valor científico contemporáneo. (111-112)

Con esto se constata la presencia de algunos elementos que cuestionan la religión que, sin duda, explican el hecho de que años más tarde, en 1939, el clero ecuatoriano prohibió la lectura de este libro, entre otros. El carácter de la revolución freudiana sin duda había marcado a los intelectuales ecuatorianos. Salvador no puede contener sus alabanzas para el fundador:

Ante un genio tan alto como el de Freud que habla la verdad desnuda, que llama por su auténtico nombre a todos los conflictos anímicos reprimidos, lógico es que se levanten las más violentas protestas de los reaccionarios. Un fenómeno análogo sucedió con el marxismo, que está ahora triunfante.

En una lucha tan fuerte como la que sostuvo, Freud procedió con audacia, valentía y constancia. Estaba dotado de penetración genial; de amor a la verdad científica; de desdén para la crítica y de sentido estético. Él mismo ha dicho que sus obras se leen con la misma amenidad que una novela. Es cierta la afirmación del maestro, porque los libros que ha escrito son como sonatas en prosa. (120)

Los sueños ocupan también un lugar especial en la propagación de Freud asumida por Salvador, junto a los temas del deseo; la división entre consciente, subconsciente e inconsciente; el placer y el deber; el yo, el ello y el super yo; las neurosis; la vida sexual; el Edipo; la represión; todo esto matizado por una acerba crítica al celibato y al catolicismo (137); las sociedades primitivas; el psicoanálisis como parte de la cultura de los pueblos “cultos” (156); intervenciones sobre el método y la doctrina; la regla fundamental del análisis, donde se reconoce el valor de la cura por medio de la palabra (163). En fin, Salvador tiene una concepción del psicoanálisis como una terapia cuasi religiosa:

Es el psicoanálisis una confesión más dolorosa, pero también más noble y elevada que las confesiones religiosas, que siendo superficiales y equívocas, suelen también ser corruptoras.

Tiende el psicoanálisis a depurar el alma. Exige a sus fieles abnegación, sacrificio, para que puedan alcanzar humana pureza. Es el psicoanalista un sacerdote de la suprema religión de la ciencia y puede conducir al enfermo hasta la salvación, destruyendo el trágico infierno que creó en su espíritu el sexo extraviado.

Al advenimiento del psicoanálisis, se destruyen los demonios de las neurosis, huyen los tigres de las abulias y no ahúyan ya las fobias.

[...]

Segismundo Freud es un esteta genial, un místico de la ciencia. Ha enseñado al hombre que el verdadero dios y el demonio verdadero, están dentro de su propio espíritu.

Desde que el evangelio del psicoanálisis trajo su buena nueva, el hombre busca a la eucaristía en sus propias entrañas. (164)

Afirmaciones como éstas, en las que el psicoanálisis aparece salpicado de “confesión”, “sacerdocio”, “misticismo”, “verdadero dios”, “buena nueva” y “eucaristía” de alguna manera pueden justificar lo que, años más tarde, George Steiner pondrá como principal reparo a la efectividad curativa del psicoanálisis y a su basamente científico, en tanto, en el fondo, el psicoanálisis se sostendría como una historia de liberación asentada básicamente en los mitos y en la literatura que fueron considerados por Freud como pruebas científicas (38).

Es relevante en el examen del *Esquema* que éste a veces se presente como un verdadero tratado para la práctica del análisis, como si el libro, en este momento, se ofrezca como un vademécum práctico para uso de los psiquiatras, pues aclara conceptos como la asociación libre, el acto fallido, la interpretación de los sueños; la condensación y el desplazamiento; los símbolos; la transferencia y la resistencia; el exceso de análisis; quién está en capacidad de analizar; el auto análisis; ofrece resúmenes de las posiciones teóricas de Adler y Jung; y finalmente trata de las consecuencias del descubrimiento de la estructura del Edipo en la educación.

Sobre la posición del propio Salvador como analista, el estudioso Raúl Serrano, al hacer un recuento de los años de 1970 en la vida de Salvador, afirma: “Años duros, de estrecheces económicas que trata de superar con las horas que dedica a la consulta psicoanalítica. Se cuenta que atendía a sus pacientes, gentes llegadas de todos los rincones del país e incluso del extranjero, en una pequeña oficina que le facilitaron en el Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura” (72). En todo caso, Salvador escenifica la escena del diván con tal destreza narrativa que parece tener una familiaridad con el procedimiento:

En la habitación bañada de luz media y empapada de silencio, adquieren vida las asociaciones libres.

Está el enfermo tendido en el sofá, relajados los músculos, pasiva la disposición intelectual. Deja huir su imaginación, como si estuviera soñando. Provoca un ensueño artificial.

Dice, en voz alta, lo primero que se le ocurre. Pero, en el principio mismo, ya tiene gran importancia la ocurrencia, no es una mera casualidad, porque todo lo anímico posee conexiones profundas. Todo debe decirlo el enfermo, sin detenerse en nada, ni asustarse por la calidad rara o perversa de sus ideas.

El médico, lejos de la mirada del paciente, anota cuánto juzga interesante. Oye pasivamente, interviniendo sólo si comprende que la asociación de ideas no conduce a nada útil, en el sentido de facilitar las orientaciones importantes. (166)

En este momento Salvador califica de absurdo al código penal ecuatoriano (51), tratando de validar socialmente el nuevo saber que publicita con esmero. Y toma posiciones radicales para la época, al sostener, por ejemplo, que no se puede estar fuera de lo sexual (61). A lo largo de todo el libro, sus ataques se dirigen a desmoronar la moral cristiana (100) ya que considera que “El cristianismo es una paranoia organizada” (139) (por eso califica a los mártires católicos de desviados, con tal virulencia y contundencia que parece una anticipación a lo que hará el escritor colombiano Fernando Vallejo en *La puta de Babilonia* en 2007).

En tanto escritor informado y actualizado, Salvador asume también una postura freudiana en relación al arte y la literatura. El freudismo le brinda la oportunidad de concebir al arte como una actividad que permite aflorar el inconsciente: “Cuanto más depurada y profunda es una creación estética, más honda es la fuerza inconsciente que la impulsa” (114). También expone el malestar inherente a toda expresión estética: “El artista es un introvertido próximo a la neurosis” (161). Por ello no oculta su convicción por aquellas comprensiones que se pueden aplicar a los productos estéticos: “Las obras literarias realmente artísticas, han sido verdaderas exposiciones clínicas de estos fenómenos espirituales, hechas también subconscientemente, lo que prueba, una vez más, la grandiosidad del genio estético” (181).

La poesía, como el entramado más complejo del arte verbal, también alcanza un hito en el desarrollo del psicoanálisis: “Ha dicho Freud que los poetas son los que mejor comprenden el psicoanálisis” (172); “La psicoanálisis no sólo es el estilete más fino del alma, sino también una cisterna artística cuyo poder es inagotable. El psicoanálisis parece la mágica combinación de un microscopio psicológico con la lámpara maravillosa” (171). Es decir, para Salvador la literatura adquiere el rango de un laboratorio experimental para observar los fenómenos de la vida. Este punto de vista deberá ser tomado en cuenta para evaluar adecuadamente las novelas de Salvador cercanas a esta intensa experiencia freudiana. El escritor insiste en considerar la literatura como la exposición de un interior inestable: “Las obras literarias verdaderamente artísticas, han sido verdaderas exposiciones clínicas de estos fenómenos espirituales, hechas también subconscientemente, lo que prueba, una vez más, la grandiosidad del genio estético” (181). En fin, Salvador apuesta por el “carácter psicoanalítico” de toda obra artística:

El freudismo ha creado una formidable revolución estética, y ésta es una de sus obras mejores.

El arte tiene por fundamento un valor sexual. La sensación de la belleza guarda íntima relación con las sensaciones del sexo.

Los conflictos entre el yo y la libido, que producen los actos fallidos, el ensueño o las neurosis, pueden originar la obra de arte, como realización imaginaria del deseo no satisfecho.

El psicoanálisis es una cisterna infinita de motivos estéticos. En ella se encuentran argumentos profundos, extraños, originales. (193)

Curiosamente, varias veces utiliza, para referirse al psicoanálisis, la imagen de *cisterna*, es decir, hace del psicoanálisis un receptáculo activo que atesora algo vital para el desarrollo del arte. También hablará de escritores prefreudianos (aquellos con intuiciones geniales que son inspiración para las teorías de Freud) y se las jugará por el matiz sexual del arte (194). Esto es, el autor guayaquileño encuentra en el freudismo una justificación actualizada y novedosa que le permite hacer de la literatura un medio

para difundir las concepciones acerca del origen sexual de buena parte de nuestros actos, como más adelante comentaremos al revisar sus novelas.

La tercera parte del *Esquema sexual*, “Los delitos sexuales ante la nueva ética: legislación”, nos permite ver al intelectual a tono con los debates del período y con su profesión de abogado. Los temas con que el freudismo, a juicio de Salvador, iluminaría con nuevas luces al Código Penal ecuatoriano son: la protección de la mujer y los menores; la prevención de las enfermedades venéreas como parte de un nuevo higienismo; el papel del sexo en el delito; la posición de no castigar el aborto (para esto hace referencia a los códigos penales de Francia, Suiza, Argentina, Uruguay, Cuba, China, Perú, Chile, y debates que se dan en Alemania, Noruega, Checoslovaquia, Japón, Estonia, Inglaterra, Costa Rica, Venezuela, Colombia, Austria y Grecia). Salvador se muestra, además, como un autor informado pues pone en evidencia un archivo amplio para sustentar sus afirmaciones.

La Rusia soviética se constituye para Salvador en el ejemplo más acabado de cómo se puede implementar la nueva moral sexual. A propósito de estos temas, muestra su liberalidad al ligar el aborto con la necesidad de controlar la natalidad. Arremete contra los códigos morales de la iglesia católica que señala excluyentemente a los hijos de “dañado ayuntamiento” (223). Critica cómo los niños huérfanos son víctimas de esta estigmatización promovida por los católicos. Ridiculiza los artículos que se refieren al atentado contra el pudor, condenado en el código penal (235). Cuestiona el sentido de las penas cuando se castiga el delito de violación, y señala que únicamente los proletarios cumplen esta condena (237), lo que no permite olvidar que el cometido final de Salvador está profundamente vinculado con la promesa de la revolución social.

En este momento también critica el uso de la palabra sodomía para referirse a la homosexualidad. Citando a Gregorio Marañón¹, Salvador solicita considerar la homosexualidad como parte de los estados intersexuales y no como un crimen. En lugar de que el único destino sea la cárcel, aboga por un tratamiento psicoanalítico para los homosexuales (240). Resalta el interés por cuestionar la moral tradicional; para ello, Salvador elabora un recuento, en la historia de las civilizaciones, de cómo la homosexualidad no ha sido reprimida. Sobre el lesbianismo afirma:

El rápido esbozo trazado sobre el homoerotismo prueba que el Código –como siempre– no tiene razón para castigar la homosexualidad. Sobre todo, la ley es ilógica consigo misma, al sancionar la homosexualidad masculina y no establecer pena alguna para el amor sáfico. Complicado sería encontrar el porqué de esta contradicción. Acaso se deba al hecho de que los autores del Código hayan sido uranistas y a que, por lo mismo, la represión –hablando en términos freudianos– adquirió en ellos caracteres de máxima violencia. Se ha dicho que los que más duramente atacan a un desvío sexual son los que lo practican o lo aman en secreto. Y es ésta una evidente verdad psicológica. (255)

También Salvador recorre el código en lo concerniente a “la bestialidad” [bestialismo]. Tampoco encuentra razones para castigar el bestialismo sino, más bien, un motivo más para introducir una nueva comprensión para tratar al enfermo: “Es un trastorno que merece tratamiento, estudio más hondo de su esencia y sus causas, piedad si se quiere, pero no reclusión” (257). Sobre la problemática de la prostitución y corrupción de la juventud, hace un verdadero análisis de discurso: “Toda esta serie de artículos es incolora, indecisa, como si los que la escribieron no hubieran estado seguros de qué era lo que querían castigar. Pueden aplicarse estos artículos a los actos más diversos, aún más, a los ingenuos, hasta el extremo de que fuera ridícula su aplicación. Por eso no se los toma en cuenta nunca” (259). Cuestiona que, a pesar de la primitividad

¹ Gregorio Marañón (1887-1960) fue un médico madrileño que logró mucha influencia en la medicina sudamericana. Hizo contribuciones en endocrinología, nutrición, metabolismo, etc. Exploró las llamadas enfermedades sociales y atribuyó al plano ético, moral, religioso, cultural e histórico un lugar importante

de nuestro código, se admita la prostitución si se maneja legalmente bajo el control de la policía, asunto desde el cual Salvador ataca, una vez más, a la moral burguesa (259). Es decir, Salvador extrae de las tesis de Freud “utilidades prácticas” para la vida social; es una especie de traductor cultural de Freud.

El tono anti religioso del *Esquema* es crucial para apuntalar una nueva moral que esté alejada de las confesiones religiosas. El volumen está salpicado de frases mordaces en contra del catolicismo, y tal vez este tipo de frases sea otro de los motivos por el que la iglesia prohibió este libro: “La civilización moderna ofrece dos extremos asombrosos: la prostitución y el claustro. Tanto la monja como la cortesana, son casos patológicos. Contradicen las leyes de la naturaleza y los instintos fundamentales de la vida. A la monja y a la prostituta hay que considerarlas como verdaderas desviadas sexuales” (262). La única razón para combatir la prostitución, en la perspectiva “nueva” de Salvador, tiene un fundamento higienista (263-264).

Finalmente, cuestiona la concepción burguesa del matrimonio, en que la mujer aparece como propiedad del hombre y como mero objeto de placer masculino (268). Considerando las ventajas de la liberación femenina soviética, ve mal que la mujer se encierre en la casa y que no trabaje productivamente, lo que le impide tener su mundo propio. Ridiculiza a don Juan Tenorio como aquel que basa el amor en la mentira: “Nuestra generación ha celebrado las exequias de don Juan” (270). Con gran convicción, aboga por una nueva moral:

Los tontos, los reaccionarios, los capitalistas ignorantes, los malos médicos, los abogados mezquinos, las señoritas cursis, los tenorios de pacotilla, los frailes explotadores, las viejas nobles, los políticos liberales y, en fin, toda la parte inculta y baja de la humanidad, ha pretendido sostener que la nueva moral del sexo es corruptora. (273)

para comprender el origen de las enfermedades. Entre otras obras, es autor de *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1926), de reminiscencias freudianas desde el título.

En relación a las desavenencias conyugales se pregunta hasta qué punto son causa de divorcio los motivos directamente relacionados con el sexo, y hasta dónde la ley reconoce estas discrepancias como causales de divorcio: “El psicoanálisis ha encontrado la raíz de la mayor parte de las tragedias conyugales en el factor sexual que interviene entre marido y mujer. Pero esta razón jamás se presenta como fundamento del divorcio, siendo así que debería ser la causa más poderosa. Se trata siempre de ocultarla, alegando incompatibilidad de caracteres o malos tratos” (282). Critica las duras condiciones de la mujer para obtener una igualdad ante la ley pues siempre ella está sujeta a la voz de su amo masculino. En busca de mejores condiciones para ejercer la crítica, solicita que las universidades difundan la cultura en el cumplimiento de sus obligaciones para con la sociedad: “Cuando la Universidad está al servicio del pasado, es mejor que desaparezca” (286). Por estas razones Salvador propone la educación sexual en la juventud (291).

Escrito en Quito de 1931 a 1933, *Esquema sexual* de Salvador concluye con una especie de manifiesto que proyecta las bases para la creación de una nueva sociedad, donde se religan por igual Freud y Marx. Se trata de una proclama del hombre culto, que saluda con abierto entusiasmo todo lo que tenga un asidero cultural, sin miedos ni tabúes. Según María del Carmen Fernández, “Publicado por Ercilla, *Esquema sexual* pronto se convierte en uno de los trabajos más solicitados y leídos sobre el tema en Latinoamérica” (1993: 22).

Un año antes del *Esquema sexual*, en 1933, apareció en Quito la novela *Camarada: apuntes de un hombre sin trabajo*, del mismo Salvador, en los Talleres Tipográficos Nacionales. Esta novela cobra gran impacto, para efectos de nuestra indagación, porque desde su envoltura novelesca propone una serie de tesis psicoanalíticas que serán refrendadas con la aparición del *Esquema*. Es decir, esta

novela se anticipa al *Esquema* en la autorización del discurso freudiano desde la ficción y desde la presentación científica, como si del terreno de la literatura hubiera necesidad de pasar a uno más sólido en términos del prestigio del saber científico. El autor no duda, pues, en practicar dos formas de ‘estar en la cultura’: la divulgación científica y el relato de ficción.

Camarada narra el descenso social y humano del personaje Alberto a partir de que es destituido del cargo de amanuense de un ministerio. Estamos ante una crítica a la corrupción del poder estatal, pero también se revela el sustrato sexual masculino de ese personaje degradado por el desempleo y la movilidad de los valores humanos. A lo largo del texto el lector conocerá la serie de infortunios que debe vencer el protagonista que tiene, por añadidura, un amplio historial de relaciones con mujeres de toda condición. La novela devela las intenciones ocultas que el protagonista porta cuando se relaciona con cada mujer: “En las capas más hondas del yo, en los huesos del instinto, tiene su trono el sexo” (11), dice el narrador, para complementar esta idea de que se trata de una novela “psicoanalítica”. Como una especie de campanada para defenderse de los poderosos, ante la caída del protagonista, el narrador declara:

Dos hombres, poderosos como montañas, han comprendido el ritmo íntimo de nuestra madre. Sobre la base de sus doctrinas se formará la humanidad del futuro.

Son Carlos Marx y Segismundo Freud. Estúdialos, ámalos, compañero. Son guías y apóstoles.

Sólo podemos comprender el hombre a través del fenómeno sexual. Sólo comprenderemos a la sociedad interpretando su evolución por el fenómeno económico. (13)

Como puede verse, la novela anticipa el mismo reclamo del que teóricamente parte el *Esquema*. *Camarada* prepara en la ficción el poder conceptual del que se nutrirá el *Esquema*. Veamos otros casos. En *Camarada* se cuestiona el odioso papel de la moral religiosa que discrimina a los hijos nacidos fuera del matrimonio eclesiástico: “Son huérfanos. Hijos prohibidos. Ilegítimos, incestuosos, adulterinos. ¿Por qué tanto dolor?

El hombre es el único animal que cruelmente clasifica a los hijos. Las demás especies no suelen hacerlo” (16). En el *Esquema* leemos esto: “El cristianismo envenena el espíritu del hombre, aún antes de nacer. Subdivide a los hijos ‘de dañado ayuntamiento’ en adúlteros, incestuosos y sacrílegos. Verdaderamente, tal ideología demuestra hasta dónde puede llegar la ferocidad del animal humano” (223).

En un diálogo de Alberto con Gloria acerca de la necesidad de una nueva ética y moral, el protagonista piensa esto: “La revolución moral sólo puede cristalizarse después de que se haya efectuado la revolución económica. Todo lo demás es ilusión” (20). En el *Esquema* se lee así este punto: “Conviene insistir ahora en que la revolución moral no podrá verificarse en toda su amplitud y grandeza, sino después de que se haya realizado la revolución económica” (276). El protagonista se pone a recordar sus años de niñez: “Son esos primeros años brumosos, que no podemos recordar. [...] Época de pureza, período asexual, según creían nuestros padres. [...] Pero es exactamente lo contrario” (35). Y con esto el autor participa también de aquel proyecto que busca destruir la imagen idealizada de la infancia.

La concepción de la cultura como un atuendo que oculta lo más primitivo del hombre se presenta así en *Camarada*:

Sin embargo, todos fuimos pequeños monstruos. Primero en el útero, cuando nos desarrollamos rodeados de orinas y excrementos, porque la matriz está situada entre la vejiga y el intestino.

Después en la cuna, porque los instintos de la especie fueron en realidad fantasmas que torturaron nuestra infancia. El mundo externo nos dio un bofetón cada día. Los ángeles que debían cuidarnos sólo existieron en la mentalidad primitiva de las abuelas y en verdad tuvimos demonios humanos a nuestro alrededor.

Por último, monstruos somos a través de la vida. Estamos disfrazados con la civilización, que ha llegado hasta lo profundo de nuestra personalidad.

Porque somos aún monstruos amamos la vieja moral, la riqueza y la patria.

Porque somos monstruos preferimos el dogma a la ciencia, el puñetazo al microscopio y la metralla al libro. Por eso hemos

dividido a los hijos en legítimos e ilegítimos y a las mujeres en esposas y amantes.

El hombre es, en el fondo, un animal feroz. Acaso más envenenado que las víboras y más cruel que los tigres. El deseo de matar, profundamente unido a su instinto sexual, está siempre latente en él. Pero lo llama heroísmo y eleva estatuas a hombres que fueron asesinos. El deseo siempre grande de matar hace que el hombre cree himnos nacionales, pabellones y fronteras. (37-38)

En el *Esquema* se lee: “El análisis del inconsciente en el hombre civilizado revela que éste conserva palpitantes las tendencias del hombre primitivo. La cultura sólo se ha modificado el aspecto exterior, pero no sus instintos brutales, sus odios violentos, sus venganzas sombrías. La cultura es un disfraz elegante para la vida social” (111).

La idea de que la indagación analítica es dolorosa se ofrece así en la novela: “Este ardiente afán que tenemos los hombres de averiguarlo todo, crea dolor. Momento absurdo aquel en que se me ocurrió investigar la causa del desvío de Gloria. [...] La obsesión me condujo a capas de su espíritu, que no hubiera querido conocer nunca” (64). En el *Esquema* tenemos: “La psicoanálisis es como una operación que ha de efectuarse sin narcótico y que, por consiguiente, es muy dolorosa para el enfermo” (159).

En la novela, el sexo es la clave de todo: “Cuando se presentan en el ser humano fenómenos psicológicos desconcertantes, hay que analizar la vida sexual, para llegar hasta las raíces de las reacciones oscuras. El sexo da la solución de los procesos más misteriosos del hombre” (64). El *Esquema* concuerda punto por punto con esta posición: “No hay termómetro más fino para conocer la mentalidad de un hombre que interrogarle sobre cuestiones sexuales” (235). De esta manera Salvador logra que se posicione en el debate este fundamento sexual.

Al cuestionar la moral capitalista en *Camarada* se encuentra: “El burgués opina ‘que la prostitución es necesaria, porque ella protege a nuestras madres, hijas y esposas’” (79). El *Esquema* confirma esta idea: “La moral burguesa es así. Siempre

hipócrita, inhumana, egoísta. Nunca tiene un aspecto científico, generoso. El hombre del pasado admite la prostitución, la consagra con un lugar común: ‘Es un mal necesario – dice–. La prostituta es la encargada de velar por el honor de hijas, novias y hermanas’. Si la prostituta no existiría, la ‘honorabilidad’ burguesa se derrumbaría rápidamente” (259). Sobre el adulterio burgués, en la novela se lee: “El adulterio constituye la tragedia sexual típicamente burguesa” (88); en el *Esquema*: “El adulterio es el delito sexual típicamente burgués” (275). Como vamos comprobando, la escritura de la novela parece haber sido una especie de laboratorio donde se fue armando y bosquejando, con otro tipo de solidez conceptual, el libro de divulgación que circulará un año más tarde. Salvador hace que dos discursividades –la novela y la divulgación científica– junten sus paradigmas en la perspectiva de sostener, desde una totalidad más amplia, la nueva cultura que trae el pensamiento freudiano.

Nuevamente, como parte de un combate anti confesional, el escritor señala sin objeción alguna a los internados religiosos como un lugar donde las costumbres se relajan. En *Camarada Gloria* nos dice: “En realidad, lo único que aprendimos ahí [en los colegios] fue a querernos entre mujeres. Convéncete que toda muchacha que ha sido alumna de uno de nuestros internados ha pasado por eso” (95). En el *Esquema*: “Los internados de hombres y mujeres son profundamente inmorales, sobre todo, si tienen carácter religioso, ya que la moral cristiana basta, por sí misma, para engendrar las más diversas perversiones. En nuestro ambiente los internados son el centro de la homosexualidad, y lo mismo ocurre en todos los países. Basta oír las confesiones de alguna muchacha que estuvo interna en un colegio de monjas, para comprender el gran desarrollo que tiene la homosexualidad en tales institutos” (249-250). De Gloria se narra que ha pasado por una experiencia homosexual en el colegio con una chica de la cual una monja estaba profundamente enamorada y es causa permanente de celos. A lo largo

de su vida, Gloria responderá con frigidéz los avances de los hombres y tendrá en mente la reanudación de relaciones amorosas con ex compañeras de internado.

La nueva moral sexual que el comunismo y el socialismo proclaman se entiende así en la novela: “Nunca comprendimos ‘la fuerza civilizadora del control de la natalidad’” (148); en el *Esquema*: “La nueva mujer lucha a favor del control de la natalidad, se burla de la moral cristiana, defiende el divorcio, interviene en los congresos que tratan de la reforma sexual” (273). También aborda el problema social de la honra entre muchachas pobres y ricas, desde una concreta posición de clase: “Pero Julia es pobre. No tiene derecho al placer. Si un hombre la hiciera suya, le arrojarían de la fábrica acusándole de inmoral” (183). En el *Esquema*: “A la dama rica todo le estaba permitido. Podía jugar con su honor, tener el número de amantes que quisiera, llegar al adulterio siempre que tuviera ganas de hacerlo. Sus millones lo ocultaban todo y en ella era elegancia la prostitución. [...] En cambio, la muchacha pobre tenía que cuidar del sexo como de su única riqueza” (271).

Al final de *Camarada* atestiguamos un delirio del personaje que anuncia el cambio revolucionario por venir. El antiguo régimen se derrumba y debe aparecer el nuevo, lo que condensa el mensaje de todo el *Esquema sexual* en la medida en que se prevé el cambio de paradigmas a partir del descubrimiento del lugar central de la sexualidad en nuestras vidas. Es como si esta comprensión fuera a hacer más libres a la humanidad futura. Desde un mismo programa, pero utilizando recursos discursivos diferentes, la utopía de conjuntar Marx con Freud es posible en la ficción y en las propuestas de las ciencias. Cabe resaltar que el proyecto de difusión de las tesis freudianas es una tarea que Salvador reactualiza en 1947, cuando publica en la Casa de la Cultura en Quito *Los fundamentos del psicoanálisis*, un folleto de 38 páginas que condensa aún más las principales propuestas del *Esquema*.

De esta manera, Humberto Salvador hace una aportación central a la difusión del psicoanálisis en los campos de la sexualidad y del derecho, pues, con sus argumentos, él trató de influenciar en estos ámbitos con el fin de que se adopten nuevos conceptos que modifiquen la concepción de la criminología de la época. La ficción literaria vendría también a reforzar este propósito.

Julio Endara: el lazo fundacional entre la psiquiatría y la cultura

En el prólogo que antecede a *Esquema sexual*, Escudero cita “la cátedra de psicología pedagógica de Julio Endara” (9) como referente que comprueba las nuevas búsquedas científicas del período. Julio Endara (1898-1969) es acaso el introductor del concepto del inconsciente freudiano en el Ecuador. Una vez que obtuvo el título de doctor en medicina, en la Universidad Central del Ecuador, realizó sus estudios de especialización en psiquiatría en la Universidad de Chile, en Santiago, de 1923 a 1924, y en la Universidad de Buenos Aires, de 1935 a 1936, donde es casi seguro que se familiarizara con algunas teorías de Freud. Lo más importante de destacar, cuando se revisa la trayectoria intelectual de Endara, es el interés que puso por ligar los temas de la psiquiatría con los de la cultura; es decir, su comprensión de las llamadas ciencias médicas lo relacionaron con la psicología, la pedagogía, la antropología, la neurología, la endocrinología, la clínica psiquiátrica, la psicopatología, la psiquiatría social, la criminología...

El sitio que este psiquiatra pionero desempeñó fue también un lugar cultural, es decir, sustentó la práctica psiquiátrica desde matrices sociales ligadas con nuestras realidades concretas. Endara permitió la conexión entre arte y ciencia, pues cuando se publica en Quito *América: revista de literatura, arte, ciencia*, en 1925, él forma parte del equipo de colaboradores, y su nombre aparece junto a Humberto Fierro, Jorge

Carrera Andrade, César Carrera Andrade, Gonzalo Zaldumbide, Augusto Arias, Gonzalo Escudero, y Miguel Ángel León.

El 23 de mayo de 1926, en la revista *Hélice*, Julio Endara firma la presentación de la revista que, en los dos primeros números había estado a cargo del poeta Gonzalo Escudero. El mencionado artículo se titula “La literatura y el arte nuevos” y es una especie de acta de nacimiento en el Ecuador del concepto del inconsciente freudiano coligado a las obras de arte. Después de hablar de cómo las artes renuevan permanentemente sus procedimientos formales, lo que produce a veces una incompreensión del público ante tanta innovación, señala lo siguiente:

Mientras gran parte de las manifestaciones de la cultura nacen y se perfeccionan a impulsos de las necesidades del estado social, por más que las iniciativas tengan el carácter de individuales, el arte surge como una floración de conflictos internos, y, por lo mismo, tiene un aspecto afectivo más o menos claro. El artista, aunque en ciertos casos representa y expresa el sentir de la masa, tiende a auscultar su propio corazón. Por mucho que aparezca sereno y frío, por más que crea que son sus ideas y no sus sentimientos los que impulsan su actividad, la emoción oculta no deja de reflejarse en el juicio y el razonamiento. Subconsciente o inconsciente es la que impone un camino, la que acendra el entusiasmo, la que impone la fatiga, la que impulsa, con la energía de una garra pasional o con las suaves insinuaciones de una tendencia o de un deseo, toda la actividad del espíritu. Y la emoción, como fenómeno psicofisiológico que es, puede representarse con una gráfica que correspondería a una línea desigualmente ondulada, porque tiene períodos de ascenso, de fervor y otros de descenso, de fatiga. (5-6)

Como se puede entender, Endara ve en el inconsciente la capacidad de funcionar como el pivote de la creación literaria, señalando acaso que el arte, y la escritura literaria en particular, se presenta como una de las manifestaciones del inconsciente. Hasta donde hemos podido escudriñar, este artículo de Endara es el primero que en el Ecuador caracteriza la práctica artística como una en que el inconsciente es productor de sentidos (o sinsentidos). Esta intervención de Endara es crucial, sobre todo si se toma en cuenta que en los únicos cuatro números de *Hélice* siempre se publica un cuento de

Pablo Palacio: en el primer número, del 1 de abril de 1926, aparece por primera vez “Un hombre muerto a puntapiés”, fechado “marzo 1926”; en el número 2, del 9 de mayo de 1926, aparece “El antropófago”, fechado “abril 1926”; en el número 3, cuando Endara interviene sobre el arte nuevo, sale “Brujería primera”; y en el número 4, del 4 de julio de 1926, “Brujería segunda”. Esto es, puede pensarse que, desde la lectura de este artículo, Palacio al menos conocía como referente algunos postulados centrales del psicoanálisis freudiano, aunque al inicio ya he discutido acerca del grado en que es posible juntar a Palacio con el psicoanálisis. En fin, es Endara quien confirma que, en la fecha temprana de 1926, entre los escritores y artistas circulaban ya ideas articuladas en torno a conceptos freudianos.

Tal vez se trate de un error de sobreinterpretación de la estudiosa Gladys Valencia cuando nos da noticias de que “Endara, por su lado, proponía el uso de los métodos de las ciencias, tales como el psicoanálisis y la sociología para analizar la obra de arte” (15). El artículo de crítica literaria del que parte este comentario se titula “De la crítica literaria”, firmado por Julio César Endara, y apareció en el primer número de *Renacimiento* de Guayaquil, en 1916. Y, en realidad, Julio César Endara —el crítico literario y ensayista quiteño, no el médico psiquiatra— habla de “psicología” en su artículo, nunca de psicoanálisis. En otro momento, Valencia afirma: “Endara, el autor que descubrimos en esta investigación, representa una voluntad general de otros modernistas ecuatorianos: propone integrar a la lectura de la obra literaria métodos provenientes de las disciplinas científicas que también se encuentran en pleno desarrollo en el momento. Entre éstas el psicoanálisis, la sociología o ciencia de la ‘moral social’” (17). Insistimos: este Endara habla de psicología y no de psicoanálisis, por lo que la entrada del psicoanálisis en la cultura ecuatoriana no puede ser de esta década de 1910

sino de la siguiente, lo que no deslegitima, de ninguna manera, los ideales modernos de renovación “científica” de los modernistas por la vía de la psicología.

En 1951 llegó al Ecuador Paul Rivet, el gran etnólogo francés. Julio Endara, a la sazón miembro de la Casa de la Cultura, fue el encargado de homenajear al ilustre visitante. En esta intervención Endara despliega sus conocimientos históricos y arqueológicos acerca del mundo americano; demuestra hallarse familiarizado con el pensamiento del cubano Fernando Ortiz. Moreano fue presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de 1957 a 1961, lo que demuestra, una vez más, esta ligazón de los psiquiatras con la cultura, que hoy se ha perdido en la comunidad de médicos del Ecuador. Aunque es preciso señalar que las actitudes freudianas en Endara no se encuentran ya en los trabajos posteriores a la década de 1940, debe reconocerse en él el primero que utilizó la idea de inconsciente freudiano para dar cuenta de las artes de vanguardia en el Ecuador.

Agustín Cueva Tamariz: la interlocución del psicoanálisis con la literatura

Agustín Cueva Tamariz (1903-1979) fue un médico cuencano que no ejerció la cirugía y que en 1933 conoció las ideas del médico español Gregorio Marañón, las cuales lo habrían influido para que se decidiera a seguir la especialización de psiquiatría, aunque siempre mostró su interés por la escritura literaria. Cueva fue uno de los divulgadores más prolíficos de temas médicos y de psiquiatría, pues durante muchos años no desaprovechó ningún medio de prensa para difundir sus investigaciones en torno a la conducta especial de los artistas y los literatos. En 1948 actualizó en Buenos Aires sus conocimientos de psiquiatría.

Luego de la tarea de Salvador, tal vez la empresa más importante que junta literatura y psicoanálisis, esta vez desde el catalizador de la psiquiatría, es la que

desarrolló Agustín Cueva Tamariz, especialmente en las páginas de la revista *Letras del Ecuador*, de la Casa de la Cultura, a partir de 1947. En el primer artículo alusivo al tema que hemos podido hallar de la autoría de Cueva, “El inconsciente en las nuevas escuelas literarias”, de 1947, se pone en evidencia la crisis de la razón en Occidente y todo el malestar en la cultura que después de la segunda gran guerra desanima a los pueblos y naciones. Cueva en estas reflexiones es totalmente freudiano e intenta explicar al gran público el carácter revolucionario de los surrealistas europeos:

Para estos epígonos de Rimbaud [los surrealistas] [...] la creación de un acto pasivo, de abandono, de voluntad de hacer en sí el vacío para sacar a la *superficie* el fondo *inconsciente*, era una radical supresión de la *censura*, organizándose así, sin apercibirse, en torno a la idea consciente, una constelación de mitos simbólicos totalmente *inconscientes*. (1947: 2).

Incluso tipográficamente, Cueva manifiesta su intención de que los nuevos términos de la doctrina psicoanalítica vayan adquiriendo un carácter específico, pues los coloca siempre en negritas, lo que subraya aquí la tarea del divulgador interesado en diferencias la especificidad de los contenidos que propagandiza. Al año siguiente, en 1948, publica “El Psicoanálisis en la Literatura”, que nos permite percibir otra vez a un autor muy bien informado:

Las teorías freudianas han sido rápidamente difundidas en los medios artísticos, singularmente en la literatura y en el teatro. Pero, a su vez, aquéllas han extraído de éstos buena parte de sus argumentos, ya que aquí, como en tantas otras ocasiones, el Arte se ha anticipado a la Ciencia en el descubrimiento de las realidades psicológicas. El psicoanálisis puede demostrar cómo las obras maestras del Arte –no sólo poético y literario, sino pictórico, escultórico, arquitectónico y musical– son, las más de las veces, resultantes de la proyección de los propios conflictos y *complejos* afectivos de sus autores. (1948a: 6)

Esta cita proporciona una firme evidencia de que, a diferencia de la posición de Salvador, ahora hay elementos en la escena cultural que permiten entender que la literatura se adelanta al psicoanálisis en muchos de sus procedimientos. En el *Esquema*,

el freudismo ocupaba un lugar tan revolucionario que parecía que la prédica del arte tenía que adecuarse al psicoanálisis; en Cueva es a la inversa: se consigue comprender mejor el alcance del psicoanálisis a partir de las lecciones que el arte ha podido anticipar a lo largo de la historia. “Muchas veces los poetas han sido los precursores de la psicología abismal, sin que lo sepan”, añade más adelante Cueva (1948a: 6), aludiendo además a los escritos de Thomas Mann en homenaje a Sigmund Freud. Cervantes, Stefan Zweig, Herman Hesse, O’Neill, García Lorca... le permiten a Cueva sustentar esta relación donde el poderío lo tienen la literatura y el arte.

El siguiente artículo de la serie divulgadora es “Revalorización instintiva”, también de 1948. A partir de la idea freudiana del principio del placer, este artículo describe básicamente la manifestación de los instintos en el artista: “Porque la progresiva madurez de los instintos humanos, dentro de su cauce normal, conduce a la propia depuración ética de la vida instintiva; depuración ética derivada de la adecuación útil y euforizante, que el mismo instinto descubre y busca como inspirado por una exquisita teleología” (1948b: 7). Y encuentra en la literatura varios ejemplos de lo que afirma en obras de Gracián y Calderón, de Oscar Wilde y Washington Irving, de Anatole France.

Cueva pensó la cultura y el arte ecuatorianos de modo intenso a partir de presupuestos freudianos, con el objetivo de descubrir nuevas realidades. Por eso hizo una semblanza biotipológica del poeta Alfonso Moreno Mora y una interpretación psicopatológica del poeta Medardo Ángel Silva, en el afán de conectar los sentidos de la obra con la experiencia de la vida de esos escritores. Cueva insiste en que el sentido original del mensaje poético se encuentra en los versos mismos, y que ellos descubren y conducen cualquier trabajo interpretativo.

La actualización de Cueva en torno al debate psicoanalítico es notable, pues en 1953 reseña un ataque marxista al pensamiento freudiano publicado en Francia en la revista *Nouvelle Critique* en 1949. Asumiendo como punto de partida la discusión acerca del individuo y la sociedad que se ha dado en Europa y entre los psiquiatras norteamericanos, Cueva cita al poeta argentino Arturo Capdevila (por otra parte, lector de las obras de Humberto Salvador) en defensa del pensamiento freudiano:

Freud no fue un camarada de Marx, ni un correligionario de Lenin; no fue el psicólogo de ninguna comuna ni el guarda de asalto científico contra el orden burgués. Fue, en esencia, en potencia, en palabra y en obra, simplemente el creador de una nueva doctrina, que supo sondear el misterio del espíritu y de todas las profundidades de lo incognoscible. No podía Freud intuir el advenimiento triunfal del derecho de los oprimidos, ni presentir la proximidad de la hora cero de la era capitalista, para elevar una teoría abisal como heraldo de un mundo social nuevo...

Fue –al decir de Arturo Capdevila– ese nuevo Cristóbal Colón de los mares del alma, que nos descubrió ignoradas tierras en los rincones más oscuros de nuestro espíritu.

Siquiera en el espíritu –añadiría yo–, ya que en este mundo contemporáneo, turbio y grandioso, hasta cuyo corazón lleno de misterio, hasta cuya masa interior resquebrajada, que parece anunciar un cataclismo cósmico, ningún hombre ha podido hundir su mirada, ni penetrar su secreto. (1953:15)

Cueva, entonces, es partidario de otorgarle al psicoanálisis una especificidad que no estaba bien dibujada en el *Esquema*. Aparte del talento prosístico que muestra Cueva, también nos deja el testimonio de cómo, veinte años más tarde del *Esquema*, el psicoanálisis no aparece ya como una instancia cuya empresa vaya de la mano del marxismo. Esta tarea de Cueva, que no fue continuada por ningún psiquiatra o intelectual, se convierte en un nuevo empeño por iluminar el arte.

La muerte de Freud en la prensa ecuatoriana y la actualidad del psicoanálisis

Este informe de investigación concluye, por ahora, con una breve reseña que explica el alcance de las transcripciones que he podido realizar, en los diarios más importantes del Ecuador, en torno a la muerte de Freud. Hasta donde he podido registrar el suceso, al día siguiente de la muerte, *El Universo* de Guayaquil y *El Comercio* de Quito dan la noticia del deceso en Londres utilizando los servicios internacionales; incluso el diario guayaquileño publica una fotografía de Freud. Pero lo verdaderamente importante es que en Quito había una serie de autores bien familiarizados con el pensamiento freudiano, que escriben cuatro notas que aparecen en septiembre de 1939 que dejan ver el conocimiento que se tenía del padre del psicoanálisis.

La primera nota, anónima, del 25 de septiembre de 1939, deja ver que su autor está familiarizado con las tesis de *Tótem y tabú*, y que es capaz no solamente de hacer una reseña del libro sino de explicar su importancia en el ámbito de las ciencias y la cultura. El mismo día aparece una segunda nota, en la columna “Espejo de los días”, titulada “El final de Segismund” y firmada por Gracián que, hasta donde hemos podido indagar, podría tratarse del escritor quiteño Augusto Arias. El autor de estas líneas considera que el psicoanálisis tiene más de arte que de ciencia, lo cual comprueba el mayor prestigio que el freudismo tenía entre los artistas que entre los médicos.

La tercera nota, “Significación freudiana en América”, del 26 de septiembre, es del liberal Miguel Albornoz que, según los archivos actuales de *El Comercio*, era quien escribía con el seudónimo de Licenciado Kauterio. Este texto es una exaltación, bien informada, de los avatares por los que debe pasar un hombre de ciencias; de otra parte, saluda la superación de la perspectiva unilateral, demostrando así que existe un interés por cruzar unas disciplinas con otras. La cuarta nota que hemos podido encontrar, “Las ideas de un perseguido”, es del 28 de septiembre y está firmada por Menandro, un seudónimo que aún no hemos desentrañado. Este autor demuestra haber hecho un

recorrido a lo largo de la obra de Freud, desde la interpretación de los sueños, los principios de placer y de realidad, el yo y el super yo, la represión y la sublimación, en el convencimiento del carácter científico e innovador de la teoría psicoanalítica, sobre todo en sus aplicaciones en los campos de la educación, la medicina y el derecho. Menandro apuesta por la enseñanza universitaria de la revolucionaria teoría de Freud

* * *

Los estudiosos ecuatorianos Wilfrido H. Corral y Álvaro Alemán han indagado por los derroteros del pensamiento freudiano en su relación con la literatura. En los trabajos de ambos, las obras de Humberto Salvador, Pablo Palacio y Jorge Iacaza constituyen referentes por los que hay que pasar a la hora de evaluar el impacto del freudismo en las letras ecuatorianas. En fin, de la experiencia de los materiales que he leído y del trabajo recopilado en hemerotecas y archivos, es central asentar la constancia de que, aunque el psicoanálisis entró por la vía de la psiquiatría, gracias a la obra de Julio Endara, desde la década de 1930 hasta 1950 el pensamiento freudiano ha encontrado sus mejores interlocutores en los intelectuales provenientes de los campos de las artes y las letras.

Si Julio Endara puede ser visto como introductor del debate por el inconsciente freudiano, en el mismo campo de la psiquiatría Agustín Cueva Tamariz desempeñó la tarea más sostenida y cuidada en la aplicación de las tesis freudianas a la literatura y el arte. Desde la literatura, en cambio, aunque no es seguro que Pablo Palacio se haya asumido como freudiano, sí es tal Humberto Salvador, hasta el extremo de llevar literalmente postulados psicoanalíticos a la ficción novelada. La literatura ecuatoriana y el proceso cultural de la época ofrecen la evidencia de un sentido de actualidad que

debemos apreciar a la hora de valorar nuestros procesos histórico-literarios del siglo
XX.

Bibliografía

- Alemán, Álvaro. "Psicoanálisis en el Ecuador: apuntes para su recepción literaria". *Liberarte* (Quito), vol.2, no.1 (sep.-dic. 2006). www.usfq.edu.ec/liberarteiii/artcato/htm
- Assoun, Paul-Laurent. *El vocabulario de Freud*. Trad. Paula Mahler. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- Bedoya H., María Elena. *Los espacios perturbadores del humor: revistas, arte y caricatura, 1918-1930*. Quito, Banco Central, 2007.
- Bernhard, Thomas. *El sobrino de Wittgenstein* [1982]. Trad. Miguel Sáenz. Barcelona, Anagrama, 2005.
- Braunstein, Néstor A. *Por el camino de Freud*. México, Siglo XXI, 2001.
- _____. *Ficcionario de psicoanálisis*. México, Siglo XXI, 2001.
- Castelnuovo, Elias. *Psicoanálisis sexual y social* [1938]. Prefacio del Dr. Lelio Zeno. 2da. ed. Buenos Aires, Claridad, 1966.
- _____. *Palabras con Elias Castelnuovo*. Reportaje y antología de Lubrazo Zas. Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.
- _____. *Memorias*. Buenos Aires, Ed. Culturales Argentinas & Ministerio de Cultura y Educación, 1974.
- Certeau, Michel de. *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción* [1987]. Trad. Alfonso Mendiola. México, Universidad Iberoamericana, 1995.
- Corral, Wilfrido H. "Introducción del coordinador". *Obras completas* por Pablo Palacio. Ligugé, Colección Archivos, 2000: xxiii-cx.
- _____. "Humberto Salvador y Pablo Palacio: política literaria y psicoanálisis en la Sudamérica de los treinta". *Crítica literaria ecuatoriana*. Gabriela Pólit Dueñas, comp. Quito, Flacso, 2001: 252-306.
- Cros, Edmond. *El sujeto cultural: sociocrítica y psicoanálisis*. Montpellier, Éditions du CERS, 2002.
- Cueva Tamariz, Agustín. "El inconsciente en las nuevas escuelas literarias". *Letras del Ecuador* (Quito), Año III (ago.-sep. 1947), Nos. 26-27: 2.
- _____. "El Psicoanálisis en la Literatura". *Letras del Ecuador* (Quito), Año IV (ago.-sep. 1948a), Nos. 37-38: 6.
- _____. "Revalorización instintiva". *Letras del Ecuador* (Quito), Año IV (oct.-dic. 1948b), Nos. 39-40: 7-8.

- _____. “El mal de Werther. Fragmentos de un ensayo”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año V (jul.-sep. 1949), Nos. 47-49: 14-15.
- _____. “Marietta de Veintemilla y el libro de Enrique Garcés”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año V (mar. 1950), No. 55: 10.
- _____. “Contenido del teatro de García Lorca”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año VI (jun. 1951), No. 68: 1.
- _____. “Evocación de Santiago Ramón y Cajal (fragmentos)”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año VII (abr. 1952), No. 71: 6.
- _____. “Arturo Capdevila y el psicoanálisis”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año VIII (feb. 1953), No. 82: 2 y 15.
- _____. *Abismos humanos* [1952]. Cuenca, Casa de la Cultura, 1976.
- _____. *Hombres e ideas* [1965]. Cuenca, Casa de la Cultura & Universidad de Cuenca, 1998.
- Donoso Pareja, Miguel. *Recopilación de textos sobre Pablo Palacio*. La Habana, Casa de las Américas, 1987.
- Elena Palacios, Ángela. *El mal en la narrativa ecuatoriana moderna: Pablo Palacio y la generación de los 30*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Abya Yala, Corporación Editora Nacional, 2003.
- Endara, Julio. “La aspiración y el arte nuevos”. *Hélice: revista quincenal de arte* (Quito), No. 3 (mayo 1926).
- _____. “Paul Rivet en Quito”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año VI (ago.-oct. 1951), Nos. 70-72: 4 y 31.
- _____. “La senilidad lúcida de Ramón y Cajal. En el primer centenario de su nacimiento”. *Letras del Ecuador* (Quito), Año VII (may.-jun. 1952), No. 78: 1-2.
- Escudero, Jorge. Prólogo estudio. *Esquema sexual* por Humberto Salvador. Quito, Imprenta Nacional, 1934: 5-12.
- Fernández, María del Carmen. *El realismo abierto de Pablo Palacio en la encrucijada de los 30*. Quito, Libri Mundi, 1991.
- _____. “Estudio introductorio”. *En la ciudad he perdido una novela* por Humberto Salvador. Quito, Libresa, 1993: 7-53.
- Gallegos Lara, Joaquín. “El pirandelismo en el Ecuador: apuntes acerca del último libro de Humberto Salvador: *En la ciudad he perdido una novela*”. La noción de vanguardia en el Ecuador. Ed. Humberto E. Robles, *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)* [1989]. 2da. ed.

Quito, Corporación Editora Nacional & Universidad Andina Simón Bolívar, 2006: 144-146.

Kristeva, Julia. *La revuelta íntima: literatura y psicoanálisis* [1997]. Trad. Irene Agoff. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2001.

_____. “*Los trabajadores* (Novela por Humberto Salvador, Editorial Ercilla)”. *Obras selectas* por Joaquín Gallegos Lara. Ed. Melvin Hoyos y Javier Vásconez. Guayaquil, Municipalidad de Guayaquil, s.f.: 521-523.

Maleval, Jean-Claude. “Los trastornos del lenguaje en el psicótico”. *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica* [2000]. Trad. Alfonso Díez. Buenos Aires, Paidós, 2002: 151-238.

Mann, Thomas. “El puesto de Freud en la historia del espíritu moderno” [1929]. *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*. Ed. y trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2004: 136-167.

_____. “Freud y el porvenir” [1936]. *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*. Ed. y trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2004: 168-199.

Manzoni, Celina. *El mordisco imaginario: crítica de la crítica de Pablo Palacio*. Buenos Aires, Biblos, 1994.

Miller, Alice. *El cuerpo nunca miente* [2004]. Trad. Marta Torent López de Lamadrid. Barcelona, Tusquets, 2005.

Neu, Jerome, comp. *Guía de Freud* [1991]. Trad. Mario Santana. Cambridge, Cambridge UP, 1996.

Palacio, Pablo. *Obras completas*. Ed. Wilfrido H. Corral. Ligugé, Colección Archivos, 2000.

Pérez Álvarez, Marino. *Ciudad individuo y psicología: Freud, detective privado*. Madrid, Siglo XXI, 1992.

Robles, Humberto E. *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)* [1989]. 2da. ed. Quito, Corporación Editora Nacional & Universidad Andina Simón Bolívar, 2006.

Salvador, Humberto. *En la ciudad he perdido una novela* [1930]. Ed. María del Carmen Fernández. Quito, Libresa, 1993.

_____. *Camarada*. Quito, Talleres Tipográficos Nacionales, 1933.

_____. *Esquema sexual*. Prólogo de Jorge Escudero. Quito, Imprenta Nacional, 1934.

_____. *Los fundamentos del psicoanálisis*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1947.

Secaira V., Juan. *Obsesiones urbanas*. Quito, El Tábano, 2007.

Serrano Sánchez, Raúl. “Humberto Salvador: una escritura marginal a la vanguardia de la narrativa latinoamericana del siglo XX”. Tesis de maestría. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2005.

Steiner, George. “Viajes al interior”. *Nostalgia del Absoluto* [1974]. Trad. María Tabuyo y Agustín López. Madrid, Siruela, 2005: 35-58.

Valencia Sala, Gladys. *El círculo modernista ecuatoriano: crítica y poesía*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Abya Yala, Corporación Editora Nacional, 2007.

Varios autores. *Correspondencia I. Cartas a Benjamín*. Ed. y prólogo de Jorge Enrique Adoum. Quito, Municipio del Distrito Metropolitano, 1995.

Anexos

[He realizado una transcripción que en general respeta la puntuación original, aunque he corregido erratas evidentes. FB]

•

El Comercio, Quito, lunes 25 de setiembre de 1939, p. 4.
Columnas 3 y 4 / 8.

□

HECHOS Y PALABRAS

Tótem y tabú

El sabio, mundialmente conocido, Segismundo Freud ha bajado a la tumba a edad avanzada, sin que la veneración del saber y de los años hubieran sido escudo contra el furor racial y la persecución política. Por esto ha muerto lejos de su vienés hogar nativo. Por más de medio siglo dedicóse al estudio del subconsciente, de la mente, de los fenómenos psíquicos, de las alteraciones fisiológicas, de la libido. Acentuó sus doctrinas del complejo y del psicoanálisis. Produjo numerosas obras, varias de las que han sido muy discutidas. Sustentó conferencias en varios centros docentes y naciones. Deja numerosos alumnos que emplearon sus teorías y escribieron la biografía del maestro. Un célebre profesional tiene la obra de Freud *Tótem y tabú* como una de las gigantescas producciones del entendimiento humano.

Han dado la vuelta el orbe las enseñanzas de este formidable trabajador que se ha abatido casi al aproximarse a la centuria, lacerado su corazón por las injusticias de que fue víctima. Si borró no pocos ideales, entró también en el océano de la conciencia y se abismó en oscuros análisis escabrosos, en el afán de ir en pos de la verdad tan codiciada. Pero el mismo sabio proclamó alguna vez, censurando a los filósofos que quieren constituir como en guías de la vida: "Sabemos de fijo -expresó- cuán poca luz puede proyectar la ciencia sobre el enigma del mundo. Más impotente aún es todo el estruendo de los filósofos. Sólo la paciente prosecución del trabajo que todo lo subordina a una exigencia de certeza, puede lentamente operar algún cambio. Cuando el transeúnte canta en la obscuridad, niega su inquietud, pero no por eso ve más claro".

Sigmund Freud fue titánico trabajador. De su yunque brotaron chispas luminosas que se han convertido en astros. Un sol de la investigación se ha extinguido. Como del siglo naciera, de igual modo el vigésimo estaba casi en pañales en el plano de los conocimientos psicoanalíticos antes que Freud viniera al mundo.

Columnas 7 y 8 / 8.

□

ESPEJO DE LOS DÍAS

El final de Segismund

Por Gracián [¿Augusto Arias?]

Bajo la niebla londinense, y entre un atmósfera de guerro, ha caído, para siempre, Sigmund Freud. ¿Para siempre? Sospechamos que el psicoanalista está en viaje hacia la definitiva de sus teorías, y que, como el personaje calderoniano, cuyo nombre llevó por la más adecuada de las coincidencias bautismales, afirma ya como la vida es sueño, y

como en su malla sutil se fueron tejiendo sus bellas hipótesis y sus penetraciones en los dominios del inconsciente y del subconsciente para descubrir la traza fantasmal del hombre, que acaso sea la única interesante sobre el mediocrismo empaquetado de una normalidad que puede condicionarse, no obstante, a un estudio menos agudo de los psicoanalistas. Pero Freud ha vivido, si no en espacio matusalénico, en lo más luengo de resistirse en los climas de hoy. Ochenta y tres años. Doblado el cabo tormentoso de los tres cuartos de siglo. Hecho con heroicidad de laboratorio o de gabinete ese viaje a pie, cuya fatiga es tanto más grave cuando se la lleva a la diestra del pensamiento. Largos años para diluir el adarme de la propia locura en el análisis sin término de la locura de los otros. Ochenta y tres años entre la existencia de la vigilia y la breve muerte del sueño. Muchos años de disecar experiencias y de ir anotando casos, y muchos también de haber llegado a la casi fijación de esas fronteras entre el consciente y el subconsciente. De marchar, anheloso, por la ruta del sueño, penetrando en el mundo onirista del durmiente. Segismundo: aletazos shakespeareanos, astralidad también, desvelamiento y somnífero; constatación de las alas breves sobre la animalidad de la biología. Quisiéramos poder asistir a la calcificación del sueño en la calavera de Sigmund. A los golpes de larva sobre el palatino que supo de los sabores del subconsciente. A la térrea desintegración de esos tálamos ópticos en los cuales hubieron de fijarse, con tan obstinado sino, los sueños de los otros.

El profesor vienés fugó de la capital austriaca cuando Hitler la anexó a la República del Reich. Y en aquellos mismos días, posiblemente en setiembre del año pasado, se dio la noticia de la grave enfermedad de Freud. La policía incautó sus pasaportes, y hasta fue clausurada la casa editora de los libros de autor tan leído y propagado. Díjose entonces del gusto moroso con el cual se daban a buscar los gobiernos totalitarios, para troncharla sin reparo, la flor de la inteligencia. O se pensó en el disgusto que había ocasionado la exploración freudiana, y no por su contenido político, sino más bien por su tácita condenación de los abusos de la fuerza. Y así hubo de pesar sobre su cabeza psicoanalítica el índice del exodismo que con tan profusa fortuna ha distribuido el señor Hitler. Y ya no pudo contarnos su caso propio, por más que él estuviese a fragmentos en los mil que señaló el austriaco en sus libros refundidos y sintetizados, y comentados, por un numeroso discipulado, y de tal modo se ha dormido, después de largo camino, en su casa de los suburbios londinenses, al cabo de un período de coma y ya sin poder apreciar los sueños fantasmales que volaban entre las gasas frías de la madrugada.

A pesar de su flagrante hipotetismo, mucho quedará de la teoría freudiana del psicoanálisis. Ha quedado ya. Se ha realizado con mayor abundancia en la literatura que en la psicología. Y llevando el cartabón sugestivo y antematemático de Segismundo, se ha llegado a medir, sin propósitos aritméticos, a las figuras bellamente desorbitadas que vuelven a salir de los libros eternos a la convocatoria de la lectura, sean el Quijote u Otelo; Edipo o la Medea, el rey Lear o el mismo Segismundo.. Y es que en Freud la vista médica se acompaña con cierto incurable esteticismo. Y los datos crudos de la biología tienen el ansia de trepar por escalas poéticas. Y coge, además, en cualquiera de sus experiencias, las dos mitades del mundo. El freudiano está escindido en el ser consciente y el inconsciente. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde. El mundo es vil y noble al mismo tiempo. Por lo que dentro de aquella angélica criatura puede aletear a veces un impulso demoníaco, o en este endiablado reventarán las más insospechadas ternuras. Flora freudiana de simbolismos que, al propio tiempo de desconcertar al parvo pensador, traza un numeroso, casi infatigable código de poesía simbolista. Y que, en su virtualidad científica que siempre hemos creído sólo condicional, obra sobre el

paciente, buscando la revelación de sus deseos reprimidos para buscar su humanísima convergencia con el consciente... Para un volumen de volúmenes habría con la centésima aproximación hacia las teorías de Segismundo. Algunas de nuestras conferencias orales, desbordadas y rotas, versó sobre temas anotados por Fi[ch]te: El Psicoanálisis es menos una ciencia que un arte. Freud poseyó dones muy altos de artista. En la frialdad analítica, estuvo constantemente traicionado por su potencia sensitiva. A veces, siguiéndole por sus exploraciones científicas, dimos, más bien, con un poeta. Pero no podía negarse la decisiva influencia de Freud y su psicoanálisis en el tratamiento de algunas perturbaciones mentales. Muchas veces lo ejercitamos sobre algunas locuras episódicas. Pero dejémosle ya, cuando Freud se ha ido, para apartarse para siempre de la probeta tentadora de los sueños. Para llegar al definitivo, quizá. Rodando, sin sentido, en el trineo de la coma, sobre su nevazón de ochenta y tres años.

•

El Comercio, Quito, martes 26 de setiembre de 1939, p. 4.
Columnas 3, 4 y 5 / 8.

□

Significación freudiana en América

Reproducimos con este título, la siguiente interesante crónica aparecida en la tarde de ayer en el vespertino *Últimas Noticias* y cuyo autor es el redactor que firma con el pseudónimo de Licenciado Kauterio. [**Miguel Albornoz**]

En hora de tragedias para la especie se ha añadido un augurio fatal para el declinar de la cultura, el deceso de uno de los hombres más representativos de lo que llevamos de siglo. La irrupción decadentista que, luego de Verlaine, pobló de románticas inconsistencias los afanes literarios de América para agitar después las luchas de los estilos y las escuelas buscadoras de originalidad, vino a ser absolutamente superada en un género nuevo y medular que era el de la producción científica que abandonaba su torre de suficiencia para brindarse a todas las inquietudes de los eruditos.

Así, con precisa justificación de ciencia, con elegancia de fórmula, con experimentada justeza de conclusiones, desde hace algunos años los pueblos de América -condenados por antonomasia a la espera de los galeones importadores de todo lo "importante"- ven la dadivosa repartición en sus puertas de las obras de nueva significación, de Wells, de Spengler, de Marañón, de Huxley, de Shaw, de Gide, de Lakowsky, de Joyce, de Ludwig, de Maurois, de Freud. Segismundo Freud, nombre ya familiar a todas las juventudes, hombre que demostró que las galanuras literarias no están vedadas sino que más bien son propias de los hombres del laboratorio y de la diaria intervención en la patología, en la consideración estadística de los hechos y el razonado análisis de las teorías.

* * *

Enseñando que lo biológico debe acercarse tanto a lo social que resulte, en su faceta inexplorada de especulación, algo indispensable y cotidiano, Freud es el mejor exponente de la tesis mejor para un siglo viciado por su herencia de unilateralidades: la de que hay que hacer Biología en las Ciencias Sociales y en la Literatura, y de que

las Ciencias Biológicas y Exactas deben aproximarse tanto que lleguen a cimentar las posiciones de la Filosofía y el Arte.

En Freud se cruzaron todos los caminos de problemas de las contradicciones contemporáneas. Por eso fue el tipo de hombre de ciencia que requiere el saber enciclopédico indispensable para entender el ritmo desorbitado ultrahumano que nos conmueve. Si hemos de hacer comparaciones, a distancia de siglos la gran capacidad de Leonardo ha tenido un eco cerebral: Freud conoció la profundidad de los grandes problemas humanos y ha muerto en el instante decisivo, o más bien dicho fatal, en que se empieza a evidenciar con vergüenza la inutilidad de los afanes de los hombres cultos de todos los tiempos.

* * *

Porque también esa tragedia correspondió al gran profesor vienés. Había de adornar su cultura cosmopolita con la Orden martirizada de los Apátridas, por obra y gracia de quienes razonan con los músculos y buscan, en simiesca impersonalidad, trasnochadas teorías de raciales prejuicios, para justificar el afán presupuestario del despojo a quienes poseían los denarios como prueba de supremacía de inteligencia.

Ése fue el toque genial de la confirmación del genio. Perseguido por los enemigos de la ciencia hubo de refugiarse en países de más racionales tolerancias, le acompañaba solamente el prestigio de su talento y la simpatía del mundo. Hasta su ciencia, su teoría había sido invadida por los restauradores del vandalismo: corren por el mundo libros de psicoanálisis de Jung, discípulo de Freud, que hablan de un psicoanálisis "genuino", dizque por tratarse de un autor ario, mientras el pobre iniciador, el casi milagroso curador de espíritus que era Freud desde sus laboriosos experimentos con Charcot, con Adler y tantos otros, ha quedado relegado a la categoría de "iluso y exagerado mantenedor de un psicoanálisis semita y por lo tanto acumulador e inaceptable".

* * *

Pero los hombres de las ciencias son superiores a las mezquindades de un criterio supeditado a las botas y a la cruz gamada. Quizá habría que buscar en las mismas teorías de los complejos, como aquel de Edipo que nos pintara Sófocles, la explicación de las recias dolencias fente a una Europa maternal y tolerante y a la paternidad terrible de Marte. Quizá Freud se ha llevado para siempre el secreto de las esculturas de la gran realización estética de los helenos, que en maravillosa penetración de la humanidad contenida en los mármoles puso en evidencia, cuando pudo explicar la idea misma de Buonarroti al hacer el estudio del Moisés, eterno y cósmico a pesar de su factura de medioevo. Y es posible también que solamente Freud ha venido a completar la tesis de Le Bon al buscar en las relaciones de la simpatía que genera la identificación, las obscuras conexiones que obligan a las multitudes a su comportamiento simplista que puede ser heroico o criminal sin que para ello sea obstáculo que el grupo esté integrado por individuos cultos.

* * *

Freud explicó la mentalidad primitiva que requiere el *leader* para conducir y precipitar a la horda, expresión pluricelular desde las conclusiones de Trotter que arrancan de los tejidos las tendencias gregarias de los hombres. Freud aclaró el tema iniciado por Platón en la explicación descarnada del enamoramiento, fenómeno inmediatamente análogo a la hipnosis, y encontró las coincidencias que buscaban los historiadores para estudiar el espíritu de los pueblos primitivos, en la conducta del niño, del salvaje actual, o del hombre de la multitud. Y se aclararon los misterios, lo cabalístico, lo increíble. Los rituales modernos tenían su ancestro en el tabú que creció desde el temor a la muerte y a las sombras. Lo totémico vino a darse la mano con los escudos de la nobleza y a enlazarse con el sentido generativo

de los monumentos y todos los símbolos fálicos. La ciencia, la filosofía, las artes, las religiones, en sus milenarias disputas, han podido delimitar sus terrenos gracias a la obra freudiana que, sin lugar a dudas, ha señalado rumbos más exactos a la humanidad.

* * *

Ahora el maestro ha muerto. Ha dejado a sus discípulos la misión de aliviar dolencias más terribles que las que soluciona la cirugía. Ha hecho del médico el interventor científico en aquellos problemas íntimos que antes solamente solucionó el sacerdote, el adivino o el suicidio. Y se ausenta de la vida en el instante preciso del alejarse de los sabios, cuando los instintos que él delatara recobran su hegemonía en el mundo, cuando en las limitaciones de fronteras solamente se agrupan millones de alimañas pseudoracionales incapaces de haber superado en veinte siglos la triste condición de bestias carniceras.

•

El Comercio, jueves 28 de setiembre de 1939, p.4.
Col. 5 y 6 / 8

□

REALIDADES Y COMENTARIOS

Las ideas de un perseguido

Por Menandro

Acaba de concluir su ciclo biológico Sigmund Freud. Le conocimos temprano en su interpretación de los sueños, cuando los impulsos de la menor edad entregaban las oportunidades para pensar en él y en la conducta propia. Pero la gran floración de las ideas admiradas y discutidas por aquí, y bajo la condena del reproche insincero o ingenuo más allá, ha podido sugestionar a todos los intelectuales severos de la educación, de la medicina y de la jurídica.

Debió, en verdad, atormentarle al artista de la psicología la caída de su país natal bajo el imperialismo de las huestes gamadas. El sustentador de la nueva era huyó de un punto de la tierra en vuelo de peregrinación hacia otro punto de contacto con el mundo, ansioso de horizontes favorables para la gran siembra. Acaso le faltó tiempo para solazarse en los éxitos de las demostraciones; pero queda el fervor de sus discípulos en la búsqueda de mejores soportes de ventura científica. Porque Freud es el comienzo sólido de singular estimativa del alma. Y quisiéramos honrar su memoria con unas palabras sobre los influjos de sus ideas en el campo de la educación.

Los principios del placer y de la realidad que aparecen en la vida a manera de un motor de voluntariosas elaboraciones ordenan, según el psicólogo vienés, las fundamentales estructuras del comportamiento. El concepto del *yo* y del *ello* y sus subdivisiones empiezan por otorgar una tonicidad interesante para deslumbrar los senderos de la libido si en la represión o en la sublimación. Porque eso que llaman la inconsciencia ampliada o el conjunto de los impulsos creadores y desconocidos que venimos arrastrando a través de los siglos, con más los deseos sexuales que pugnan por delatarse bajo innumerables síntomas de represión, forman el *ello* que gobierna la vida, del mismo modo como para Jung, el inconsciente colectivo. Y el *yo* vendría siendo la organización psíquica que cimentada sobre el *ello* quiere conducirse por los campos de la vigilia. En el *yo* anota Freud el *infra-yo* y el *super-yo* o sea el *yo* ideal. Perímetro aparte, en la región fronteriza con lo inconsciente, funciona el *infra-yo*. Mientras el *super-yo* es el análisis de los impulsos, el reducto de lo ético, la zona de los

conflictos. Por ahí están los caminos del intento y el éxito de la sublimación.

La represión y la sublimación forman una jerarquía de mutua dependencia. El mismo Freud ha dicho de la energía de las fuerzas sexuales instintivas que se desvían de su propio destino para cumplir cometidos interiores a espaldas de la conciencia. Pero en los planes del ego y del super-ego caben bien los influjos educativos, aunque éstos sólo parcialmente contribuyen al proceso sublimador, cuya tarea más grande se realiza sin el auxilio de las percepciones.

Especie de disfraz superior llaman a la sublimación los psicólogos que le siguen a Freud. Podría también equipararse aquello a una revancha contra lo inalcanzable que en veces se torna hacedero tornándolo en otro camino, en una como trayectoria de parábolas que tienden a regresar al comienzo en alas de la decepción. Lo que para Max Scheller significaría el resentimiento en actividad positiva.

Muchas veces los educadores anotan serios reveses en la tarea de la educación. Los esfuerzos se vuelven estériles por más que en la superficie de la conducta del educando lluevan los estímulos recomendados por el sentido común y por algún recetario pedagógico sin mayor valor. Y en pleno desconocimiento de las fuerzas interiores que actúan mucho más que lo que se manifiestan, el maestro y el alumno se equivocan y se pierden en la ruta, conformándose luego apenas con el remedio casero para tratar de contener la marcha ciega de los impulsos. Pues que en ninguna otra como en esta de la psicología de los recónditos impulsos puede anotarse tan estrechamente la correlación fisio-anímica de las glándulas endocrinas y su influjo sobre el desarrollo somático y sobre la constitución de la personalidad. Pero, tan difícil sería que se busquen respuestas satisfactorias en el curso de la vida, al querer seguir sólo a Freud en sus incursiones por los refugios del alma.

Ambas categorías de investigación deben ir juntas para mejor servir a la causa de la educación que nunca olvidó el fugitivo de Viena. Una ligera desviación del objeto de la libido habría de reflejar un acto mal adaptado de las esferas físico-químicas o sensorio-motoras del individuo. No obstante que, propiamente, una adaptación de esta naturaleza podría calificarse de benigna o de maligna, de temporal o de continua, según la dinámica de la libido.

Adler comenzó siendo un buen discípulo de Freud. Para él, la causa generadora de la neurosis no radica en el principio de la conservación de la especie, no en el dintorno exclusivo de lo sexual, sino también en ciertas aspiraciones profundamente sentidas y pensadas por el individuo y que, al ser contrariadas, asoman extremas y peligrosas en los casos patológicos. Una de tales aspiraciones, señala él, es la del yo o voluntad de potencia. Nietzsche desplazaría el sentido de ese naufragio psicológico en los individuos y en los pueblos como el síntoma de la voluntad de poderío.

De modo muy frecuente, la ficción adquiere vuelos insospechados dándose muerte a sí misma en los linderos de la sublimación. Cae el antifaz y permanece firme el fundamento de la personalidad con sus méritos y quiebras volitivos. Y en el fondo, para soportar las represiones que se regulan en la escuela o que se imponen en la vida diaria, o para soslayar el éxito de la sublimación, lo que habla y hasta decide es el valor temperamental diferenciado por los atributos especiales de la actividad glandular. Así vio el mismo Freud cómo sus experimentos estuvieron en favor o en contra de sus teorías, a poco que se hacían intervenir las contraseñas del yo orgánico y constitucional.

Ese sentimiento de inferioridad que se refugia en la conducta del niño y del hombre implica algo así como un desquite de un mecanismo que quisiera exponerse a las bravas contiendas internas y externas, pero que chocando allí donde no puede más el conflicto del yo, baja

más bajo que lo corriente. En estos trances, la inconsciencia echa mano de artificio que, con el ritmo de las circunstancias que median en el escenario interior, elevan la actividad o extreman la pasividad, construyendo caminos fáciles o recovecos en donde triunfan o desfallecen el pensamiento y la voluntad.

El neurótico hacía la afirmación del yo. Y el resultado último y trágico puede ser el suicidio en el que se experimenta de antemano un sentimiento de victoria que implica la muerte. Mas, no se trata sino de un extremo que complementa el binomio neurótico en el triunfo-derrota.

En la voluntad de poderío que sirvió a Nietzsche aun para clasificar a los pueblos de Europa a través de su historia, el afán de encumbramiento es una sola de sus más comunes expresiones. Ese yo portador de su propia consigna superadora tiene que por fuerza obrar en tal forma que llegue a ser dueño de la situación. Lo que ha de conseguirlo sea que encuentre el asilo preferido en su misma enfermedad o que salte por sobre límites que reducen al hombre a una determinada manera de actuar.

Entonces, a la luz de la teoría freudiana, explicar se pueden también hechos simples y complejos en los que se enrollan las pasiones de los grandes dictadores y los arrebatos de sus pueblos. Sólo que es más fresca aún la trascendencia del contagio de los grandes enfermos a las multitudes, como ya alguien quiso decir del personaje más nombrado en estos tiempos, a propósito de su inquietud guerrera y de las sublimaciones de las huestes hacia el sacrificio de la lucha heroica.

El vasto panorama de la psicología de Freud es motivo de cátedras especiales en no pocas universidades del mundo, donde se investiga y se ama la teoría aunque se la rectifique en los detalles. El pensamiento central queda constante y así como para un Newton hubo de venir un Einstein, así también la escuela psico-analítica freudiana va para consagrarse en las generaciones nuevas del cientifismo doctrinario.